

El final de la jornada

Thania López

a Lucho

AFUERA HACÍA FRÍO. Andrés cruzó los brazos y se levantó el cuello de la chaqueta intentando entrar en calor, aunque sabía que no le serviría de mucho. El aire helado se le colaba por el tejido de lana del suéter, y por el poliéster del pantalón. Los enormes sacos negros con sus usuales toneladas de basura estaban sobre las aceras. Una media docena de ellos frente a cada una de las puertas traseras de los restaurantes que poblaban aquella cuadra. Casi todos los sacos estaban abiertos, con el interior revuelto y regado sobre las baldosas. Una señal inequívoca de que las ratas y los mendigos ya habían hecho su habitual ronda por ahí.

Dio los primeros pasos y en las suelas sintió un caldo pegajoso que producía un chasqueo ronco. El caldo que largaban los desechos de los sacos y los meados y los vómitos de los mendigos. Ese líquido que apestaba peor que la mierda. Pero Andrés no reparó en eso porque ya estaba acostumbrado.

Dobló en la primera esquina. Y luego en la siguiente. El panorama cambió. Ahora el líquido que se derramaba en las calles era el de las farolas del alumbrado público. Las banquetas estaban sucias. Había desechos sobre ellas también, pero apenas dar la vuelta del callejón de los desperdicios, por un par de segundos, aquello parecía un dechado de limpieza. La caja de luz sobre la entrada del bar estaba apagada ya. Apenas se alcanzaban a ver las letras negras que decían “*La Única*” *Ambiente Familiar*. Pasó por el frente de la cortina metálica, regalándole el beneficio de ningún gesto. Metió las manos en los bolsillos y apresuró el paso.

Los letreros neón de los comercios estaban apagados también. Las ventanas de los edificios de oficinas estaban todas oscuras. Como el cielo, donde como siempre, apenas podía distinguirse el brillo de un par de estrellas. La ciudad entera dormía, y en un par de horas comenzarían a sonar los despertadores y los relojes alarma. Otro día estaba a punto de comenzar. Para él, terminaba.

Sintió en la cara una bofetada de frío. Los músculos de los brazos adoloridos. Un dolor en el lumbago y tensos los hombros. Se sintió hecho mierda. Llevaba días sintiéndose hecho mierda y encima había comenzado otra vez a pensar en su mujer. En la que para él sería su mujer aunque ahora estuviese en otro país, en otra casa, en otra cama y seguramente hasta con otro.

“El agua pasada, hay que dejarla correr, pibe”, le había dicho Tomás, “p’atrás, ni pa tomar vuelo”. Tomás no hablaba mucho y cuando lo hacía, sentía que debía decir frases sustanciosas. Por eso echaba mano de dichos entreverados para explicarse. Pero Andrés no sentía que ella fuera agua pasada, y sobre todo, no sabía cómo una mujer así se podía dejar atrás. Tomás no la conocía. Conocía sólo sus dichos y la tristeza que Andrés llevaba de tanto en tanto y sin querer hasta “*La Única*”.

Tomás era el jefe de cocina. Un tipo de verdad grande. Tan alto que casi todos los días se estrellaba la frente contra el extractor de humo sobre la parrilla. ¡La puta que lo parió! bramaba cada que se daba un golpe. Decía lo mismo cuando se quemaba o se llegaba a cortar. O cuando llegaban los pedidos de los platos. O cuando alguien que no fuera él sintonizaba la radio incluso en la estación de tango que él siempre escuchaba. Cuando Tomás abría la boca, sólo

salían dichos, palabrotas o escupitajos que caían dentro de la cubeta puesta al lado del lavabo, o a veces fuera de la cubeta, sobre el suelo. Era alto y era gordo. Era tan gordo que incluso sobre el delantal se le veían los bultos de un par de tetas flácidas. Y la grasa de su cuerpo parecía escapársele por los poros todo el tiempo. La piel le brillaba por una especie de unguento, mezcla de la manteca humana y el sudor que expelía.

En realidad Tomás era repulsivo, pero a Andrés a veces le gustaba. No había nadie que ejecutara como él, el arte de disimular la comida que ya estaba pasada. Si encontraba un queso rancio, le metía pimienta, hierbas de olor, aceite, hacía una especie de pasta y lo untaba sobre las pechugas de pollo que los clientes terminaban siempre comiendo y a veces, hasta alabando. “Ojos que no ven, están siempre



De la serie Cartografías, XVI, 81 x 64 cm

sobre la cara de un pelotudo”, decía si le mandaban alguna felicitación de las mesas. En esos momentos era que Tomás le gustaba. Cuando veía a las meseras huyendo de aquellos dedos gordos y grasientos como trozos de chorizo, que intentaban tocarles los culos todo el día, entonces lo detestaba. Detestaba tener que ver a esas chicas con caras lindas esquivando las manos de Tomás y las de los clientes ebrios que siempre querían sobarles los cuerpos. Detestaba las veces en las que después de cogerse a alguna, tenía que sonreírle y corresponder a los abanicazos de pestañas que le lanzaban al día siguiente. En realidad detestaba su trabajo. Detestaba cuando estaba desempleado y sin un peso en la bolsa. Y ahora detestaba este empleo tanto como lo había hecho con los otros. Tenía veinticuatro años y ya comenzaba a concluir que había algo que él detestaba en serio y que quizás ese algo era él mismo.

Pasó por el frente de un edificio de apartamentos y vio los autos estacionados en el garaje. Todos o casi todos eran ford y volkswagens. Todos estaban limpios. Sus interiores debían estar limpios. Andrés sintió las dos rodajas de sudor empapándole la camiseta a la altura de las axilas. Las costuras de salsa de tomate y betún cubriéndole toda la ropa. Respiró hondo y sintió el olor de cebolla que el detergente no lograba sacarle de las manos. Y se sintió un trozo de suciedad.

Esa noche había pasado la mayor parte del tiempo preparando salsas para los guisos y untando de betún los pasteles que se guardaban en el congelador primero, y luego en los estómagos de las chicas que tomaban las tazas de café sosteniéndolas por el asa, apenas con la punta de los dedos. Con las yemas que después tocaban sus gargantas para expulsar en el retrete el café y el pastel y los guisos. Al menos las de algunas de ellas, que él escuchaba del otro lado de la pared del baño masculino cuando entraba para tomarse los residuos de los vasos de whisky y de coñac. Porque siempre quedaba whisky y coñac en los vasos. Cerveza no. Los que tomaban cerveza siempre se bebían hasta la última gota. Los que pagaban un whisky o un coñac podían darse el lujo de dejar residuos en el vaso. Dejaban también residuos en los platos, pero eso a él le importaba un carajo porque ya no disfrutaba comer tanto como antes.

Las primeras semanas incluso había sufrido una indigestión por engullirse cuanta comida se le cruzaba enfrente. Y se le cruzaba todo el tiempo, porque era él el encargado de ir a buscarla a la heladera. Ahora había días en los que incluso prefería pasar la hora de la comida fumando en la calle. Respirando el monóxido de carbono que componía el aire de aquella ciudad. Refrescándose la piel enrojecida por el bochornoso clima de la cocina. Viéndole el trasero a las chicas que lo apretaban cuando caminaban y a las que caminaban sin apretarlo. Ahí afuera sentía a veces que todo tenía sentido. Veía viva a la ciudad que siempre estaba muerta cuando él salía del trabajo. Y sonreía. Pero a veces aquella vida le daba lo mismo, lo dejaba igualmente vacío. Y entonces fumaba su cigarro y a veces ni siquiera le veía el trasero a nadie. Y los músculos de su cara se movían sólo para juntar sus cejas sobre la nariz y entornarle los ojos a cada calada.

El sudor de su ropa comenzó a enfriarse. Metió un poco más las manos en los bolsillos. Le ardió el pulgar izquierdo.

Se lo miró. La última cortada de la noche. Una tajada recta que le atravesaba toda la yema. Con la poca iluminación parecía como si hubiese supurado jarabe de chocolate. La sangre se había secado y formaba una costra pegajosa en una esquina, a la que se había adherido un trozo de hilo del bolsillo. Cuando lo quitó se desprendió todo. El hilo y la costra achocolatada. Y le ardió en serio. Guardó de nuevo las manos porque sintió que se le congelaban. Las cortadas ya no eran importantes. Tampoco los ardores.

Llegó hasta la parada del autobús y se sentó en una de las bancas que recibió a su trasero con la dureza y el frío del metal. Detestaba el frío. Los inviernos eran cada vez peores. El puto agujero en la capa de ozono. Las estaciones llegaban cada vez más exageradas. Encendió un cigarro y en la lengua sintió todavía el sabor de la hierba.

A veces como aquella noche, Tomás y él fumaban un porro mientras él terminaba de limpiar la parrilla. A veces la hierba funcionaba y le dejaba la cabeza un poco limpia. Cerraba en su mente las puertas de las preguntas, de los cuestionamientos, de los reclamos. Y él salía a la calle y le sonreía a la ciudad aunque no estuviera viva. A veces, como ahora, el porro no era suficiente y las puertas quedaban entre abiertas. Y su boca no sonreía. Y sabía que iría a la cama a dormir y que al día siguiente despertaría a las tres de la tarde para vestirse con su camiseta que decía “La Única” a la altura del pecho. Que tomaría el autobús que en cuarenta minutos lo llevaba desde su casa hasta aquella esquina. A la caldera en que se preparaban las brasas que pusieran a funcionar los cuerpos de todos los concurrentes. O quizás habría suerte y no despertaría ni a las tres ni a las cinco ni al día siguiente ni nunca más.

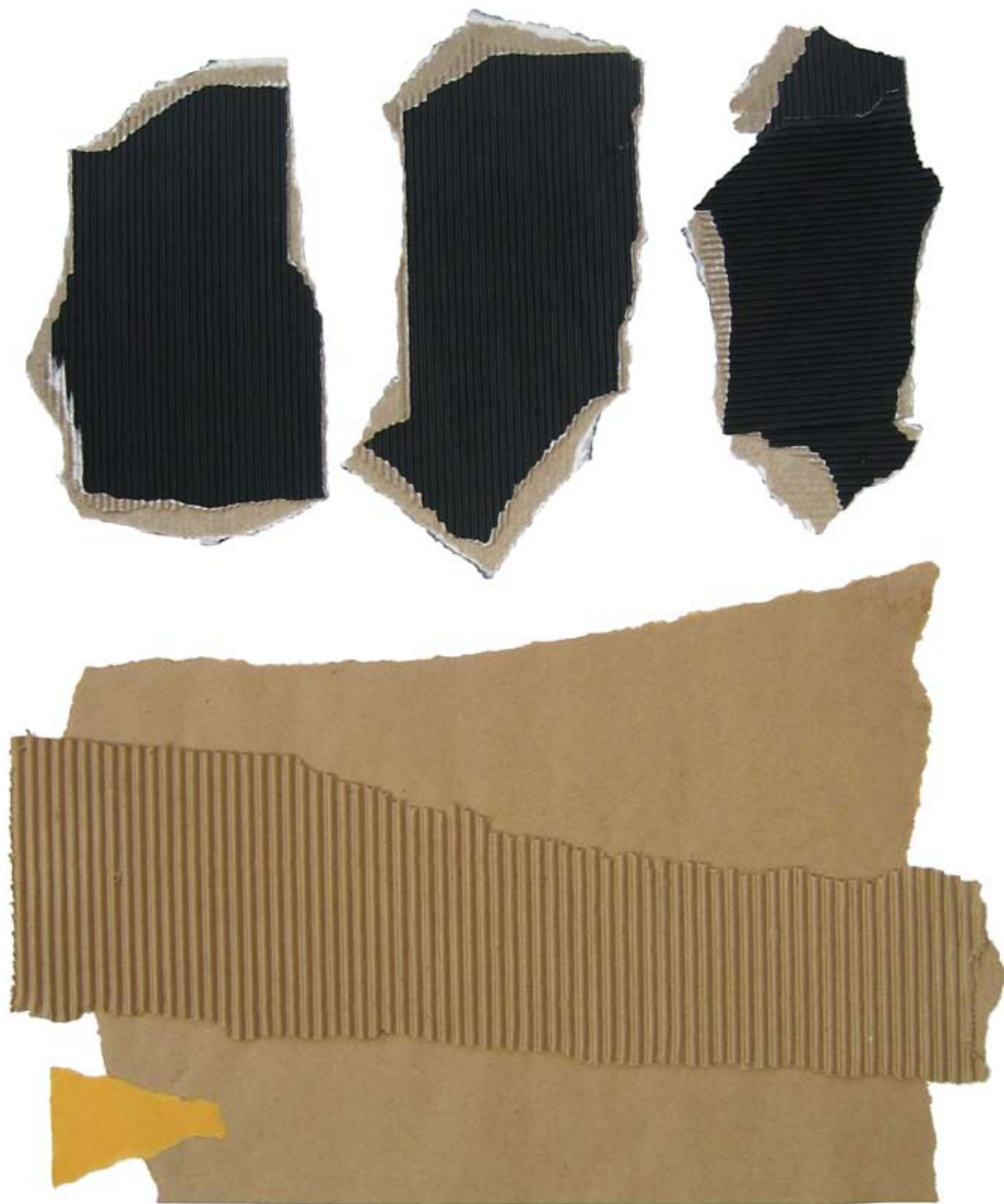
Pensaba esas cosas a veces, pero en realidad no quería morir. No era uno de esos. Quería terminar con aquella vida desperdiciada en las cocinas de los bares. Pero no convertirse en un muerto. Se había cuestionado, incluso había intentado trazar un plan, para alejarse de todo eso. Pero no se le ocurría nada. No tenía idea alguna. Necesitaba el trabajo porque necesitaba el dinero. Para pagar el cuarto. Para comprar cigarrillos. Para comer. Para viajar en autobús. Para seguir manteniendo esa vida y seguir teniendo ocupados los días yendo a “La Única”. Había caído en el círculo vicioso de la rutina. Era un perro persiguiendo eternamente su cola. Uno de esos que daban vueltas y más vueltas sobre su propio eje sólo para seguir en movimiento. El movimiento que servía para poner en acción el mecanismo del mundo que requería seguir funcionando para reclutar más perros. Porque perros era lo que siempre faltaba.

Volvió a pensar en su mujer y supo que ella no era un perro. Al menos no uno como él. Ella se había ido. Él ni siquiera había podido seguirla. No le gustaba la idea del viejo continente. No entendía porqué todos estaban enfermos por cruzar el Atlántico. Pero aún así se había decidido, había pensado en hacerlo. Y ella no se lo había permitido. Había querido marcharse sola. Y se marchó. Y no había vuelto a saber nada de ella. Ni un mail. Ni una llamada. Y ya habían pasado diez meses.

Ahora habían pasado más de veinte minutos y el autobús no aparecía. La niebla del invierno bajaba hasta sus tobillos y cubría todo, dejando las calles empañadas, como se ven las cosas al despertar. Difusas. Un vaho helado que no lograba que la ciudad se viera menos fea. Toda aquella podredumbre ya no se podía disimular con una capa de niebla. Ni con dos. Pensó que quizás con tres, pero pensó también que las posibilidades de que la tercera capa de niebla bajase, eran mínimas. Y que al final, tres capas de niebla como esa, cubrirían todo por completo, no podría distinguirse nada. Y para eso se tenía a la mano siempre la posibilidad de cerrar los ojos. Esa ciudad era como un cacharro oxidado que ya no podía soportar ninguna mano de pintura. Un trozo de carne vieja y dura que ni siquiera Tomás podría disimular con ningún tipo de salsa, ni con pimienta, ni ablandador. Una ciudad nauseabunda. Que sólo por unos meses, cuando estaba ella, le había gustado de verdad.

Tras la neblina distinguió los faros del autobús. Venía zumbando como van siempre los autobuses a esas horas, aprovechando las calles libres del tráfico vespertino. Venía zumbando y pasó frente a él sin detenerse. ¡La puta que te parió! gritó y pateó el suelo. El pulgar le ardió dentro del bolsillo. Sintió la otra mano. Estaba dentro del otro bolsillo. Había olvidado sacarlas para hacer la parada. Era el último autobús. Podía esperar a que pasara el primero del día o pasar una de esas dos horas caminando hasta su casa. Las dos cosas le parecían una condena. No hay elección acertada cuando se debe elegir entre los caminos que conducen al infierno. Las opciones no existían. Qué noticia nueva. •

THANIA LÓPEZ. Nació en la ciudad de México en 1978. Actualmente vive en Turín, Italia. En 2000 obtuvo el 1er lugar del “Primer Concurso de Cuentos “lacultura.com.ar” en Buenos Aires, Argentina. En 2002, ganó el 2º lugar en el “VII Concurso de relatos cortos Juan Martín Sauras” en Teruel, Andorra, 2005 obtuvo Accésit, en el “Primer Concurso de Relatos Altura” Asociación Sociocultural Altura, Municipio de Valleseco, Gran Canaria, España. Correo electrónico: zepolth@yahoo.com



J. Domínguez 18

De la serie Cartografías, IX, 81 x 64 cm